

BUEN HUMOR



40 CENTIMOS



—¿Por qué te disgustastes con Isabel?
—Figúrate, dice que eres más elegante que yo...

Dib. BOSCH. Barcelona.

Ayuntamiento de Madrid

Los famosos polvos insecticidas **LEYER Y COMP.^A**

Son infalibles para la destrucción de toda
clase de insectos



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION (PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 =

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería. S. A., Apdo. 605. Habana.

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	9 pesetas.
Semestre.....	16. —
Año.....	32 =

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5.—MADRID.—Apartado 12.142



Luis Mejía. Ciempozuelos.

José Irureta. Madrid.

Nuestros concursos

El del mes de abril

Segunda lista de solucionistas

Rosita Calderón.—Bilbao.
Alma Castro.—Burgos.
Santos Andrés.—Madrid.
Luis Manso.—Madrid.
José Medina.—Oviedo.
Matilde Polo.—Valencia.
Saturnino Mantilla.—Cádiz.
Merceditas Alvarez.—Madrid.
León Paradinas.—Jerez.
Manolito Santamarina.—Madrid.
Asunción Marinas.—Madrid.
Rafael Peláez.—Salamnca.
Mercedes Casero.—Huelva.
Ramón Gastardi.—Almería.
Antonio Pérez.—Sevilla.
Ramiro de Lorca.—Santander.
Gonzalo Alonso.—Madrid.
Santiago Ortega.—Madrid.
Gervasio Sanchís.—Valencia.
Alvaro G. Sampelayo.—Málaga.
Bonifacio Ramírez.—Soria.

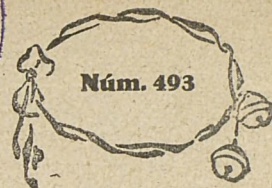
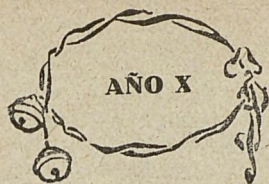
Josefina Ruano.—Madrid.
Nemesio Gonzalvo.—Mérida.
Conchita Bustamante.—Alicante.
Ricardito González.—Madrid.
Gabriel Bueso.—La Coruña.
Mariano Mesa.—Madrid.
Luis Gómez.—Valencia.
Simón Valdecasas.—Madrid.
Manolita Sanz.—Almería.
Raimundo Sanjuán.—Bilbao.
Federico Requena Martínez.—M.
drid.
Rafael Menéndez.—Santander.
Emilio Bueno.—Vitoria.
Sixto Avellán.—Bilbao.
Maruja Altamira y Caballero.—Má
laga.
Andrés Gil.—Zaragoza.
Mariano Villanueva.—Cádiz.
Salustiano Pérez Sáinz.—Valencia.
Antonio Ríos.—Madrid.
Paquita del Valle.—Sevilla.

Julián Sevilla.—Madrid.
Antonio Hurtado.—Sevilla.
Florencio Manzano.—Madrid.
Arturo Viñals.—Tarragona.
José Antonio de la Rosa.—Melilla.
Fernando Arnau.—Madrid.
José R.—Málaga.
Luis Armando.—León.
Ruperto Medina.—Santander.
Aurora Pons.—Barcelona.
Martín Heredia.—San Sebastián.
Juan Torrecilla.—Cáceres.
María Luisa del Pozo.—Madrid.
«Coty».—Toledo.
«Un aragonés».—Teruel.
Antonio Salillas.—Santa Cruz de
Tenerife.
Serafin Martínez.—León.
J. Sánchez.—Madrid.
Marianita Delgado.—Madrid.
Manuel Rubio.—Madrid.
Juan Palencia.—Melilla.

Nuestro Concurso de

CUENTOS HUMORISTICOS

En el número próximo publicaremos la primera lista de los concursantes. En cuanto el Jurado examine los cuentos remitidos, daremos noticia del fallo.



Reportajes de BUEN HUMOR

EL GRAN PREGOSTE DE ENTRE LOS ENTRECOT

—Venga usted—me dijo Atanasio Perezowski—. Voy a llevarle a un restaurant donde comerá por cero noventa y cinco.

—¿Comeré bien?

—Tres platos, vino, postre y música clásica.

Guiados por un mozo que encontramos parado con toda la cuerda, penetramos en el restaurant. Los clientes se desgañaban pidiendo raciones:

—¡A ver si me saca usted las patas!

—¡Cámbieme el bisteck por riñones!

—¡Quincito de chantilly!

Los camareros corrían de un lado a otro con el estoicismo reflejado en el mandil. Domiando tanto estrépito, un pianista sincronizaba sus notas con las vibraciones de los platos soperos. Por fin, en un momento de calma—uno de esos momentos que precedieron al armisticio—se acercó a nosotros el camarero de turno:

—¿Qué va a ser?

—Todo lo que den por nueve perras gordas y media.

—Hay judías a la-bretona, salchicha calagurritana, entrecot al microscopio, calamares a la estilográfica, fabada asturiana, estofado, callos.

—Pónganos fabada, huevos y entrecot.

—¿Desean algún «extra»?

—Sí. Que toque el pianista los «Aires asturianos» del maestro Villa. Así nos pondremos a «tono» con la fabada.

Salimos a la calle en el terrible instante en que se columpiaba un autocamión cargado de ladrillos con el inmediato fallecimiento de tres infelices. Sin hacer ca-

so de este incidente, el señor Perezowski se anilló con desprecio la bufanda y prosiguió:

—Madrid es un jocundo mosaico de estudiantes, de «entretendidos», de papanatas y de empleados de tres mil pesetas. Por eso abundan tanto los restaurantes económicos. A mayor número de éstos, mayor número de espectáculos. Porque, para ir algunos días al cine, hay que «comprimirse» en la comida. Ahora que no todos los vecinos de Madrid hacen dos comidas diarias.

—¿Cree usted?...

—Lo tengo tañado. Hay mucha gente que cena únicamente un bocadillo de sardinas o un vermut con boquerón. De ahí el daltonismo que

padecen algunos escritores. Por ejemplo: José María Salaverría. Este ciudadano insiste en asegurar—desde A B C—que los habitantes de Madrid se alimentan mucho mejor que Francos Rodríguez. ¿Sabe usted por qué? Por el número de bocadillos que se despachan en bares y tabernas. No hay duda de que el señor Salaverría sabe hacer la «radiografía» de los esófagos. Pero hablábamos de los restaurantes económicos. Fíjese usted en éste.

Y el señor Perezowski me señaló un policromado refectorio de la calle de la Abada. En una alegoría, firmada por el precursor del «sinsomberrismo», el genial pintor Riego, leí la nota de precios:

Sopa de arroz.....	0,30
Cocido	0,40
Tortilla a la francesa.	0,35
Conejo de Angora.....	0,25
Caviar	0,15
«El desfile del amor».	0,10

—En competencia con éste — siguió don Atanasio— «funcionan» otros comedores especiales. Sin contar con los miles de tascas y de figones que «afinan» los precios más que la Sinfónica los instrumentos. En una taberna de la calle de Doña Berenguela se anuncian abonos de sesenta comidas por cuarenta pesetas. Y en otra de la calle de Toledo, donde se reúnen la «hig-life» de los barrios bajos, cada cubierto cuesta cuarenta céntimos.

—¿Cada cubierto?

—Sí, señor. Allí todos comen con la gorra puesta.

Iba de asombro en asombro, cuando, a las catorce horas del siguiente día, don Atanasio me hizo irrumpir en otro refectorio.

Al vernos entrar, el due-



Dib. SILENO. Madrid.

ño se dirigió a nosotros empuñando un cuchillo de cocina.

—¿Qué desean?—nos preguntó en actitud homicida.

—¡Comer!

—No puede ser. Después de las dos y media no sirvo ni a Confucio. Hay que madrugar, amigos.

—Usted dispense que nos hayamos excedido...

—No se apuren por eso. Mañana sábado pueden venir. Asistirán a una curiosa ceremonia. Se trata de conceder el título de «Gran preboste de los entrecots» a uno de los clientes de la casa. Espero que no faltarán ustedes.

La noche del sábado los parroquianos del restaurant se hallaban reunidos en aquellarre. Rodeado de sus adictos, resaltaba la satisfacción del homenajead, don Sisebuto Sandwich, que se ha distinguido en dicho esta-

blecimiento por su actividad para devorar entrecots con patatas. El acto fué «amenizado» con la lectura de la truculenta novela «María», o la hija de un jornalero», después de cuyo epílogo recibió el señor Sandwich el título de «Gran preboste de los entrecots». He aquí el interesante documento:

«En Madrid, en el helioterápico día de San Carpóforo.

Reunida la «Agrupación ambulante de los comensales insaciables», cuya misión es la de inspeccionar —prácticamente— todos los figones, restaurantes y tascas de Madrid.

Dadas las condiciones gastronómicamente excepcionales que concurren en el socio don Sisebuto Sandwich.

Considerando que el socio en cuestión se come todos los días, a diferentes horas, la cantidad de catorce

entrecots con patatas, entre la admiración de los comensales colindantes.

Considerando que, de persistir en su voracidad, el señor Sandwich conseguirá disolver el antipopular Consorcio de la Carne, haciéndose acreedor, por ello, al agradecimiento de sus convecinos.

Venimos en conceder a don Sisebuto Sandwich el honroso título de «Gran preboste de los entrecots con patatas», para que le sirva de estímulo y de aperitivo.»

Verificada la entrega del pliego por el cartero de la demarcación, el señor Sandwich dijo emocionado:

—Chico, danos las penúltimas.

Fué el único gasto que hicieron los concurrentes a tan extravagante ceremonia.

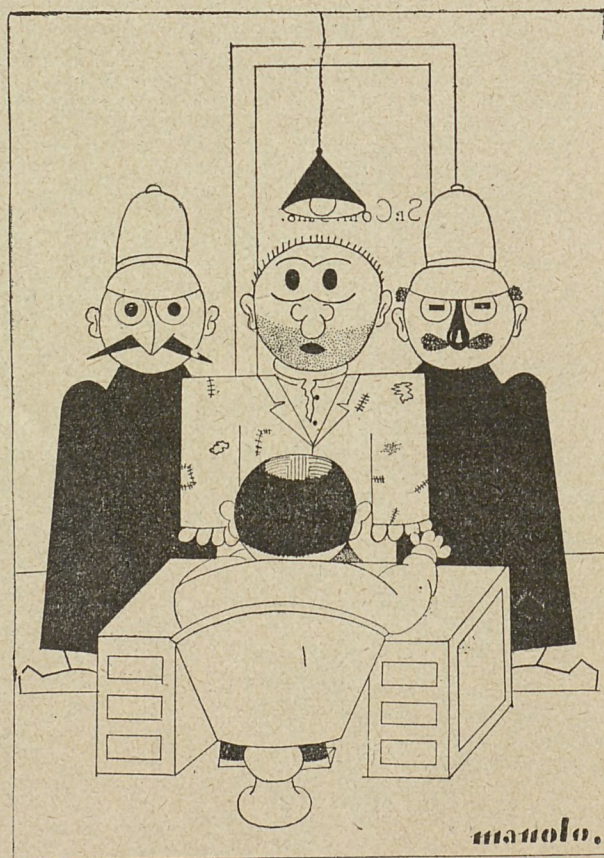
GAMITO ITURRALDE.



—Mamá, ¿qué es eso del bello sexo?

—Nosotras, hija, nosotras.

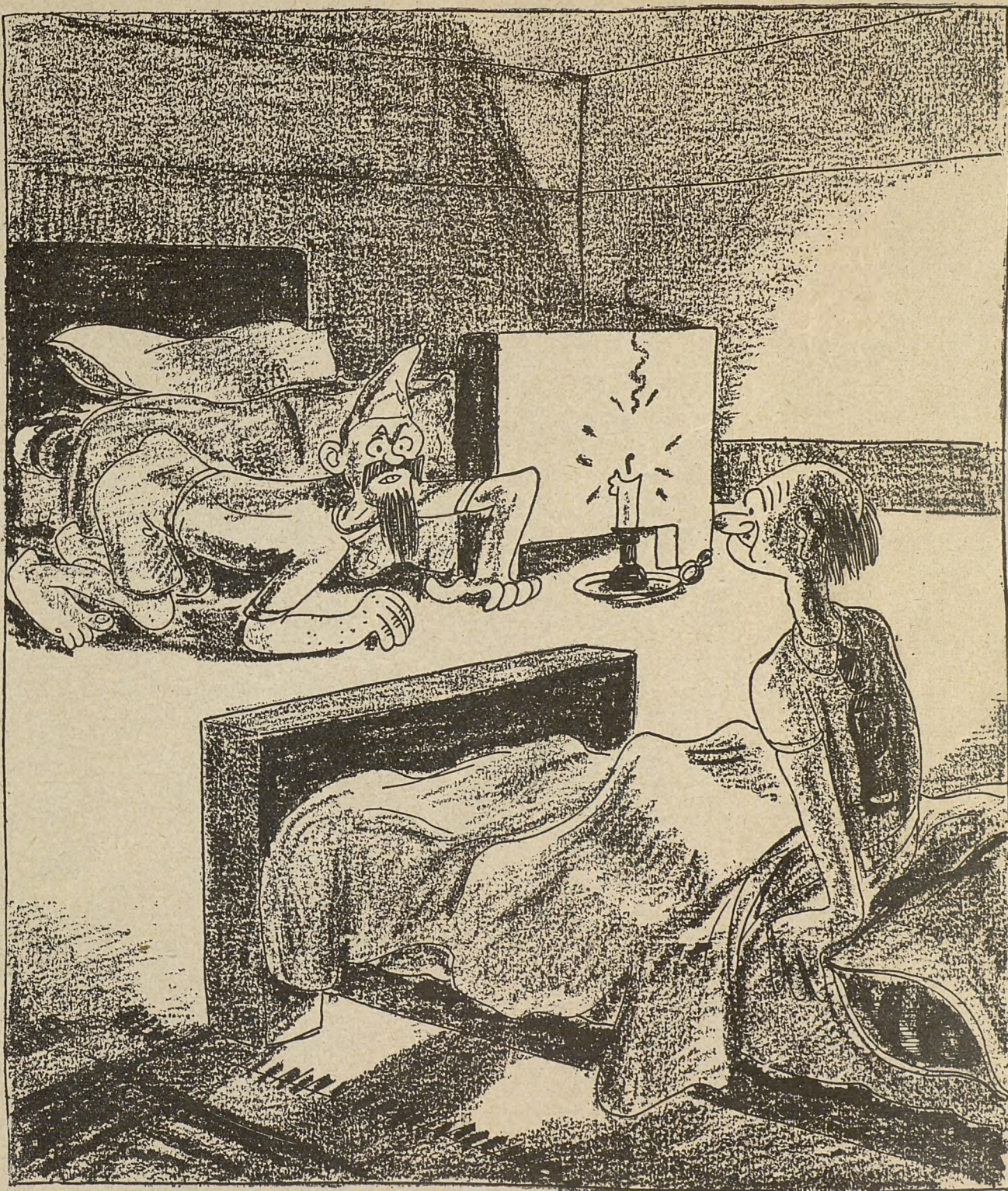
Dib. TROFF. Albacete.



—¡Conque ha sido usted detenido con la mano tendida, sabiendo que está prohibida la mendicidad!

—No, señor; es que estaba viendo si llovía.

Dib. MANOLO. Madrid.



—¿Qué busca ahí, mi general?
—¡Un ratón, un ratón!
—Y ¿para qué lo necesita a estas horas?

Dib. SAMA, Madrid.

Enormes y estupefactantes cosas, que sólo pueden saberse leyendo BUEN HUMOR

TERCERA SERIE

Hace pocos días, y menos noches, un esbelto automóvil que conducía al señor Sánchez de Toca a la estación del Norte chocó violentamente con un carro de basuras que subía por la calle de Bailén. Del choque resultó levemente herido en su importantísima nariz el egregio ex político,

aunque, por su desgracia, se confía en que no habrá que amputársela.

El carro resultó destrozado y la basura fué olida íntegramente por el perjudicado (¡y más que hubiera habido!, aunque lo que había era cerca de dos toneladas).

El día que *Cagancho* toreó Miuras por primera vez, abonó a su lavandera doscientas cuarenta y seis pesetas con ochenta céntimos.

Y además dijo a sus íntimos que había sido una cosa baratísima.

Se conoce que quería justificar bien el apodo...

Nerón trataba a sus esclavos con una brutalidad tan grecorromana que el menor descuido de los pobres les costaba un disgusto bastante gordito.

Un día, al servir el desayuno al emperador, uno de los esclavos rompió un vaso egipcio en unos cuantos pedazos más de los que hubieran convenido para poderle pegar con sindetikón.

Y Nerón mandó degollar al esclavo, para que otra vez anduviese con más cuidado.

Los historiadores no han tenido más remedio que reconocer que, en tiempos de Nerón, había esclavos que morían por la retura de un vaso.

¿Me quieren ustedes decir por qué tenebrosa razón, los individuos que van en *auto* desde Madrid a San Sebastián, llevan contador de kilómetros?

Porque yo no me lo explico.

Si ya sabemos los kilómetros que hay de aquí a San Sebastián, ¿qué necesidad hay de contarlos todas las veces que se vaya, si siempre son los mismos?

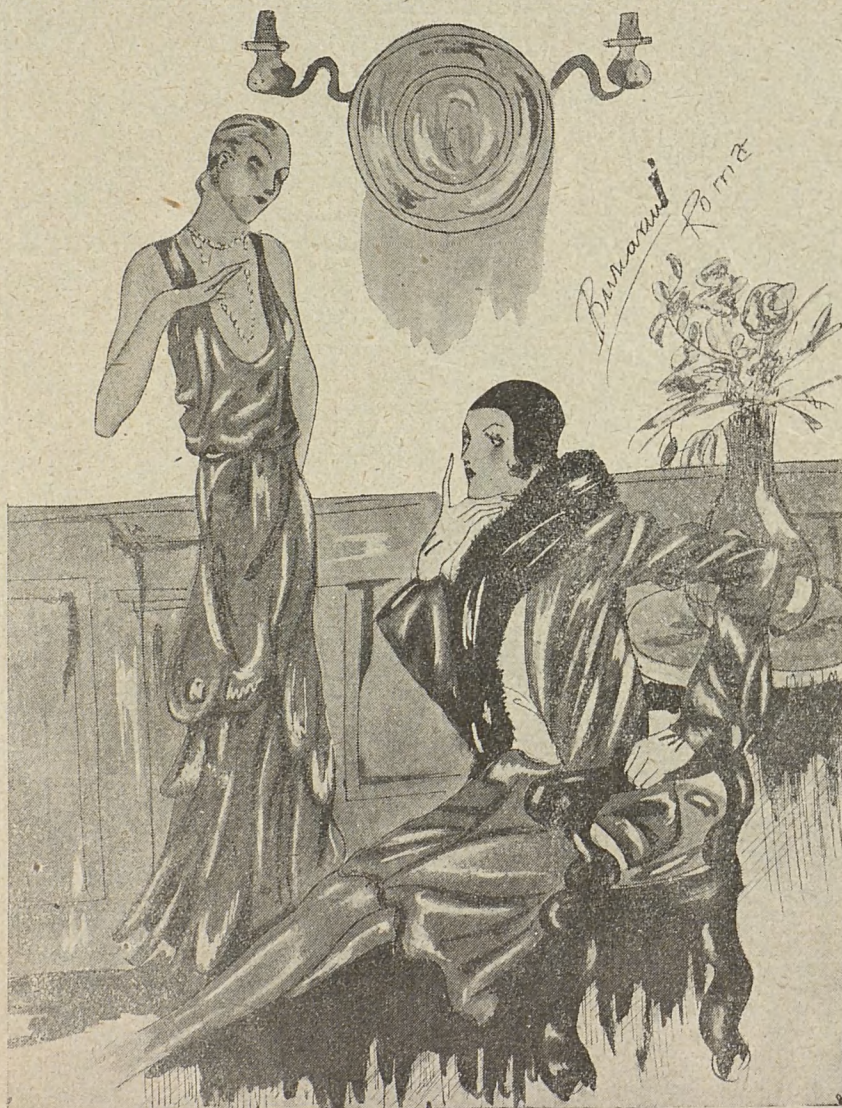
Es una tontería; y no hay quien me apee del razonamiento ni del *auto* en que se verifica ese absurdo.

No sé si sabrán ustedes que el rajah de Kapurtala tenía un fantástico encendedor de oro y piedras preciosas... Pero lo que seguramente no saben es que el martes pasado le han robado las piedras, a pesar de lo cual el encendedor se sigue encendiendo...

¿Se explican ustedes esto, cuando aquí en España ni aun teniendo las piedras los podemos encender?... ¿Se lo explican o no se lo explican?...

No se lo explican ¿verdad?

¡Ya sabíamos nosotros que no se lo explicarían!



—¿Amarías a Luis si fuese rico?

—Eso no lo sé, hija; pero que me casaba con él, eso no te quepa la menor duda.

Dib. BUSCARINI. Roma.

Anteayer entraron ladrones, sin pedir permiso como de costumbre, en un acreditado estanco del distrito del Centro, y se llevaron doce mil sellos móviles que, a estas fechas, se ignora dónde los habrán pegado.

Lo curioso de esta noticia es que, así como otros robos tienen un móvil, éste tiene doce mil móviles, lo cual hace que sea un robo doce mil veces más importante que el que más lo haya sido hasta la fecha.

Nos enorgullece espantosamente el poder dar noticias tan asombrosas como ésta.

Un economista belga ha publicado recientemente un documentado artículo en el que sostiene y demuestra que es una felonía comercial el aumentar el coste de los huevos en el mercado.

Como prueba de su tesis, afirma rotundamente que las gallinas ponen unas veces más huevos y otras menos, pero los ponen siempre al mismo precio.

Estamos conformes con el sabio.

Y hasta con las gallinas.

Y aquí cerramos el pico; porque, si continuamos, se va a poner esto muy feo.

El *Times*, de Londres, que ignoraba que en la provincia de Valencia hay un pueblo encantador que se llama Silla, recoge la noticia de que en el indicado pueblo ha hecho estos días bastante calor, y la recoge con estas palabras:

«El calor que se siente en Silla.»

Con las cuales parece que quiere decir que haga el favor de sentarse el calor y que tome lo que quiera, que hay confianza.

Según los noruegos, todo individuo que habla de amor, sentado en un sofá que él no ha pagado, puede ser adúltero en cuanto se descuide el dueño indiscutible del mueble.

Según los japoneses, es adúltera toda mujer japonesa que engaña a su marido como a un chino.

Según los brasileños, el adulterio es un triángulo. La hipotenusa es la señora y los catetos son los dos socios que se la disputan.

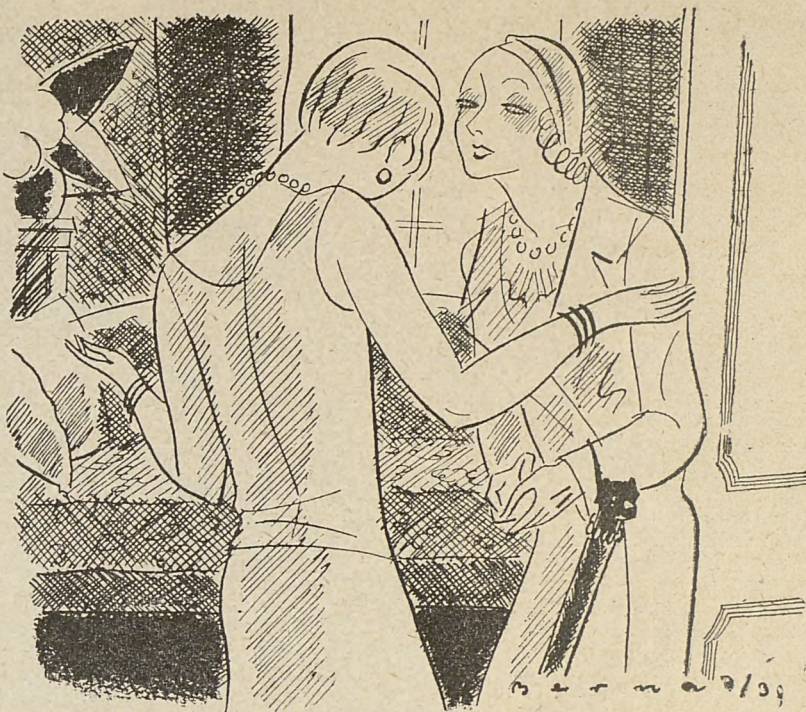
Y según los irlandeses, el adulterio no es más que un momento funesto en que un tío convierte en primo a otro.

Como ven ustedes, en esto del adulterio es difícil ponerse de acuerdo.

Resulta que no se ponen de acuerdo más que las felices parejas que lo perpetran.

Reciban nuestra enhorabuena.

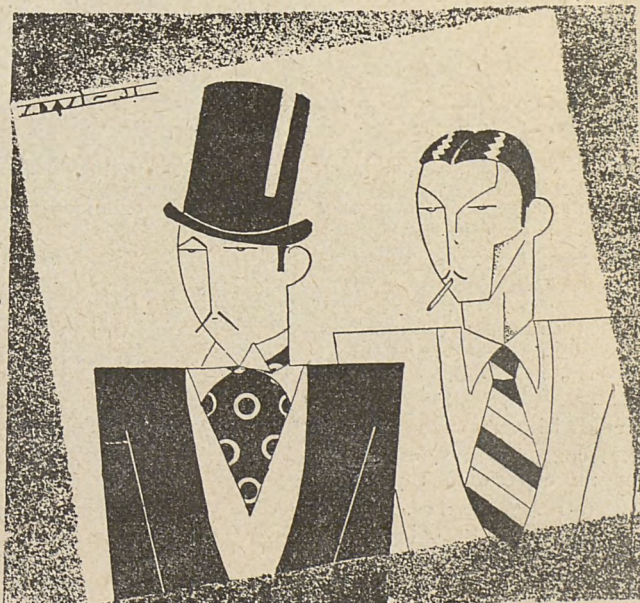
ERNESTO POLO



—¿Qué tal tu futuro marido? Cuéntame, cuéntame...

—Bien..., pero siéntate; voy a explicarte cómo va a ser mi traje de novia.

Dib. BERNARD. París.



—¿No ibas a fotografiarte?

—Sí; pero me he «retractado».

Dib. DAVI. Valencia.

TREINTA AÑOS DESPUES

En las tres décadas del siglo actual, la forma de expresión del amor ha hecho más evoluciones que las que realiza cualquier grupo de señoritas del conjunto en todo un lustro. Como demostración, describamos unas escenas de las diversas épocas.

1901.

Acompañada de sus padres, penetra en una botillería la modosa Melitina, vistiendo larga falda que le cubre hasta los tacones.

Cuando la muchacha se sienta ante el velador, un caballero de rizada barba y tupé en forma de rabo de pera, que ocupa una mesa de enfrente, lanza un profundo suspiro, vertiéndose fuera de la jícara la mitad del aromático soconusco que merienda.

—Camarero, tráiganos dos chocolates con «embolados». Para la niña, un café con media tostada—ordena el papá.

Seguidamente, el progenitor de Melitina sentencia:

—La invención del azucarillo es prodigiosa. ¡A qué refinamientos ha llegado la humanidad!

En tanto degluten lo servido, el matrimonio dialoga:

—Marido, el señor de enfrente está enamorado de nuestra hija.

—Me desagrada la facha de ese hombre...

—No me contradigas. Observa lo artístico de la cabeza, esposo. ¡Qué gran testa! El caballero posee un espléndido tupé.

Cuando tal frase es lanzada, el sujeto aludido, creyendo por nadie ser observado, se guarda disimuladamente una de las cucharillas del servicio de la botillería.

El papá de Melitina reconoce:

—En efecto, como afirmas, ese caballero posee un espléndido tupé.

Por una fuerte ráfaga de aire, ábrese con violencia la puerta del establecimiento. El viento alza la falda de la modosa Melitina como cuestión de un palmo...

Azoradísima y llena de rubor, la muchacha, tras pedir recado de escribir, traza breves y torcidas líneas sobre un papel.

Después, sin que los progenitores

puedan impedirlo, Melitina se clava en la garganta el cuchillo de untar la mantequilla en las tostadas.

En la carta quedan explicadas las causas del fúnebre suceso:

«Abandono la vida a causa de la gran vergüenza que invade todo mi organismo... El viento, levantando la falda a una altura inaudita, ha hecho que enseñe mis tobillos a un caballero. ¡Qué bochorno más grande! Como todas las gentes, en lo sucesivo, me tomarían por una mujer impúdica, me elimino de la existencia.—Melitina.»

1911.

Una linda señorita, muy encorse-tada, camina, en unión de una doméstica, por una calle estrecha. Grandes rizos, sujetos con una cinta de seda. Época en que todas las mujeres, aparte de poseer largas matas de pelo, llevan «añadidos», «crepén». Los caballeros usan estirados bigotes, lo que les obliga a dormir con «suje-ta guías», una especie de bozal blanco.

Un desconocido adorador persigue a la señorita, musitando en sus oídos:

—Es usted prodigiosamente guapa...

La bella señorita replica enfurecida:

—Está visto que las mujeres no podemos salir solas a la calle. ¡Esto es indignante! ¡Cuán atrevidos son los hombres! ¡Qué falta de respeto!

Después, ordena a la criada, en tono bajo:



ES UN PRODUCTO DE
**LOS PERFUMES
DE TASARA**
BADALONA

OROCREMA
JABON DE ALMENDRAS

USELO
ES EL MEJOR TRATADO
DE BELLEZA DE LA PIEL



—Oye, con disimulo, mira a ver si viene detrás el perseguidor.

1921.

Conduciendo una motocicleta con «side-car», llega un muchacho, cubierto con «mono», al pie de la verja de un hotelito.

Al divisar al conductor de la «moto», una bella joven de cabellos dorados que allí aguarda, piensa:

—¡Qué mono está mi novio con el «mono» de motorista!

El recién venido ordena:

—Huyamos, vida mía.

La muchacha toma asiento en el «zapato»... Trepida el motor...

—¡Qué fuga tan romántica!—comenta la joven rubia.

El vehículo arranca. Para poder ser escuchado, el motorista, a grandes voces, finaliza con un consejo:

—A propósito de romanticismo... Colócate en los ojos estas gafas de cristales azules. Conviene prevenirse contra el polvo de la carretera.

1931.

Pollos de pelo escarolado que, de acuerdo con la moda, pasean a cabeza descubierta. Se da la coincidencia de que todos los transeúntes que circulan sin sombrero poseen magnífico cabello. Por contraste, los calvos son partidarios de ir cubiertos.

Conduciendo el volante, rueda en su automóvil propio, una señorita con labios pintados de color del minio. Usa una breve falda que descubre las rodillas.

En una parada, la damita convida a dar un paseo en el coche a uno de los susodichos pollos de pelo escarolado. Se trata de un muchacho moreno, alto, con un bigote compuesto de diecisiete pelos, al modo de los artistas de «cine».

Aceptada la invitación, el automóvil parte a marcha veloz, llevando en su interior a la pareja de jóvenes.

Llena de entusiasmo, la conductora del auto, dice:

—He conseguido triunfar. Con engaños, te he raptado. Al fin, vas a ser mío...

Luis ESTEBAN

LA MEMORIA

Día de mercado en Delhi, la ciudad sagrada de la India.

Mercado de especies, de cosas, de personas...

En la tienda de un mercader de esclavos. Del más rico de todos. Del mejor surtido.

Animación inmensa. Ricos comerciantes de Bombay, rajaputras potentados y toda suerte de tipos, enriquecen el ambiente con la nota típica de sus personalidades raciales.

Luz y color.

Ante la puerta de la tienda se detiene un elefante y de él desciende uno de los más ricos marajáes indúes.

El mercader de esclavos se acerca a cumplimentarle y después penetran ambos en la tienda.

—Mira, señor—dice el mercader—, esta maravillosa escultura de carne. Su tersa piel toma con el sol irisaciones bronceas. ¿Te gusta?

—El qué, ¿la frase o la esclava?

—La esclava, señor.

—Sí, no está mal.

—Mírala bien: es hermosa como la grandeza de Siva. Y te acariciará tan suavemente que te crearás en el Paraíso, envuelto en suaves tules y silenciosos terciopelos.

—¡Bien, mercader! Me quedo con la esclava.

—¿Quieres que te la envuelva, señor?

—No, gracias. La voy a llevar puesta.

El marajáh y el mercader siguen su investigador y comercial paseo.

Se detienen ante un atlético esclavo etíope.

—Observa, señor—dice el comerciante—, este fornido esclavo, fuerte como una sentencia de Zoroastro, negro como la noche; pero lleno de luminosidades, como la noche también, con sus secretas claridades imperceptibles.

—No está mal, no está mal; pero uno solo...

—Tengo el juego completo, señor. Dos, cien mil piastras. Pasando de cuatro, hago rebajas.

—Ponme dos. Harán bien a la puerta de mi palacio.

—Si los queréis con alabardas y todo, son más caros.

—Es lo mismo. Los quiero con todos los adelantos modernos.

Nuevo paseo escrutador y nueva detención. Esta vez ante una esclava de singular belleza.

El mercader se pone a su lado, la libra del velo protector y, señalándola con un puntero, recita de memoria al potentado príncipe lo siguiente:

—Detén tu paso, ¡oh, señor entre los señores! Recrea tu mirada ante esta genial obra de la Naturaleza. Su pelo de azabache hace resaltar aun más la nítida blancura de su carne. Sus ojos son el faro guía-dor de nuestras ternuras en la borrasca de la vida. Su cuerpo es el tronco divino del árbol del amor, con las ramas de sus brazos acari-

ciadores y la fruta codiciada de sus encantos. ¡Mírala, señor! ¡Mira la imagen viva ed la felicidad! ¡Brahma, Visnú y Siva han puesto en ella todas sus perfecciones!...

—¡Bravo, mercader! Muy bonito final.

—Lo he dicho de un tirón, y es muy difícilillo, ¿eh?

—Ya lo creo. ¿Canta esta esclava?



—¿Le dijistes a mi hermana que te me habías declarado?

—No tuve tiempo aún.

—¡Ah, pues díselo, no vaya a creer que vas por ella!

Dib. SERNY.—Madrid.

—¡Oh! ¡Su voz es tan suave como el murmullo del viento en la «jungla» (1), como el susurro de las aguas del Eufrates entre sus maravillosas orillas. Canta como el pájaro que en...

—¡Caray!... No sigas, mercader. Me has convencido y me quedo con la esclava.

Y así siguen su visita de inspección el príncipe y el comerciante.

Terminada ya, cuando el disco de oro del sol se metía en la ranura de la hucha del horizonte, el marajáh y el mercader cruzaron el jardín de la tienda de este último.

En un casi oculto rincón, arreglando un macizo de flores, un viejo esclavo, de gran nariz y desmesuradas orejas, inclinaba su ya de por sí corcovado torso, doblado en la forja de un rudo trabajo y de una ya cercana vejez.

—Y ese, mercader, ¿no le vendes? —dijo el marajáh.

(1) Selva bastante virgen.

—¡Oh, no, príncipe!—respondió rápidamente el comerciante, fingiendo indiferencia.

—¿Por qué?

—Es viejo, inútil, sucio, torpe y gruñón.

—¿Y por qué le conservas tú?

—Es un recuerdo de familia. Se trata de Kin, señor; el esclavo que servía el café a mi padre, a quien los dioses hayan perdonado.

—¿Y no quieres venderlo?

—¡No, no! ¡Por la Trimurti (1), no me pidáis eso! Es mi secreto, que yo os revelaré, si me prometéis respetar mi propiedad sobre ese esclavo.

—Sea.

—Habéis de saber, señor, que ese viejo posee la más maravillosa memoria que puede poseer un ser hu-

(1) Trimurti.—La Santísima Trinidad india. (¡Cultura, y nada más que cultura!; ¡sí, señor!) Cuando un indio sufre algún contratiempo, dice: «¡Me han hecho la Trimurti!»



—Y tú, ¿de qué conoces a ese *referec*?

—¡Hombre! ¿De qué lo voy a conocer? ¡De referencias!

Dib. PERSAL.—Melilla.

mano. Su cerebro clasifica todo y lo conserva para toda la vida, recordándolo a su tiempo y sin un titubeo ni una inexactitud. Él lleva mi negocio día por día, hora por hora, venta por venta. Yo no poseo libros ni anoto nada. Su memoria es mi mejor fichero.

—Envidio la propiedad de semejante fenómeno; pero respeto mi promesa. Que la diosa Kali te acompañe, mercader.

—Adiós, señor. ¡Que ella te colme de bendiciones!

Y los dos hombres se separaron. ¡Qué ajenos a que su conversación había sido oída por un elemento extraño!...

Lucifer. Sí; el propio Lucifer. Oculto tras unos eucaliptus, sonreía incrédulo ante las afirmaciones del mercader. Dudaba de la memoria del anciano esclavo.

—Serán exageraciones—decía—de ese viejo comerciante, que es un serafín (1). Yo probaré si es cierto lo que dice.

Pocos momentos después el viejo esclavo sintió un tremendo trueno a su espalda y un intenso olor a azufre le hizo volver el rostro.

Lucifer se erguía ante él, rojo como la sangre y la llama.

De pronto le preguntó:

—¿Te gustan los huevos?

—Sí—respondió el viejo Kin.

Y Lucifer desapareció. Y satisfecho de su primera gestión siguió su viaje a Tierra Santa, a tentar a un tal Jesucristo que le traía loco con sus virtudes y sus milagros.

La vida siguió su natural carrera.

Y pasó un año.

Y otro.

Y otro.

Y tres más.

Y algunos meses.

Y no pocos días.

Y en uno de éstos, a la hora en que el mismo viejo arreglaba el mismo macizo, del mismo jardín, del mismo mercader, Lucifer volvió a aparecersele envuelto en llamas, y precedido de un ruido atronador.

Kin volvió la cabeza.

Lucifer le preguntó:

—¿Cómo?...

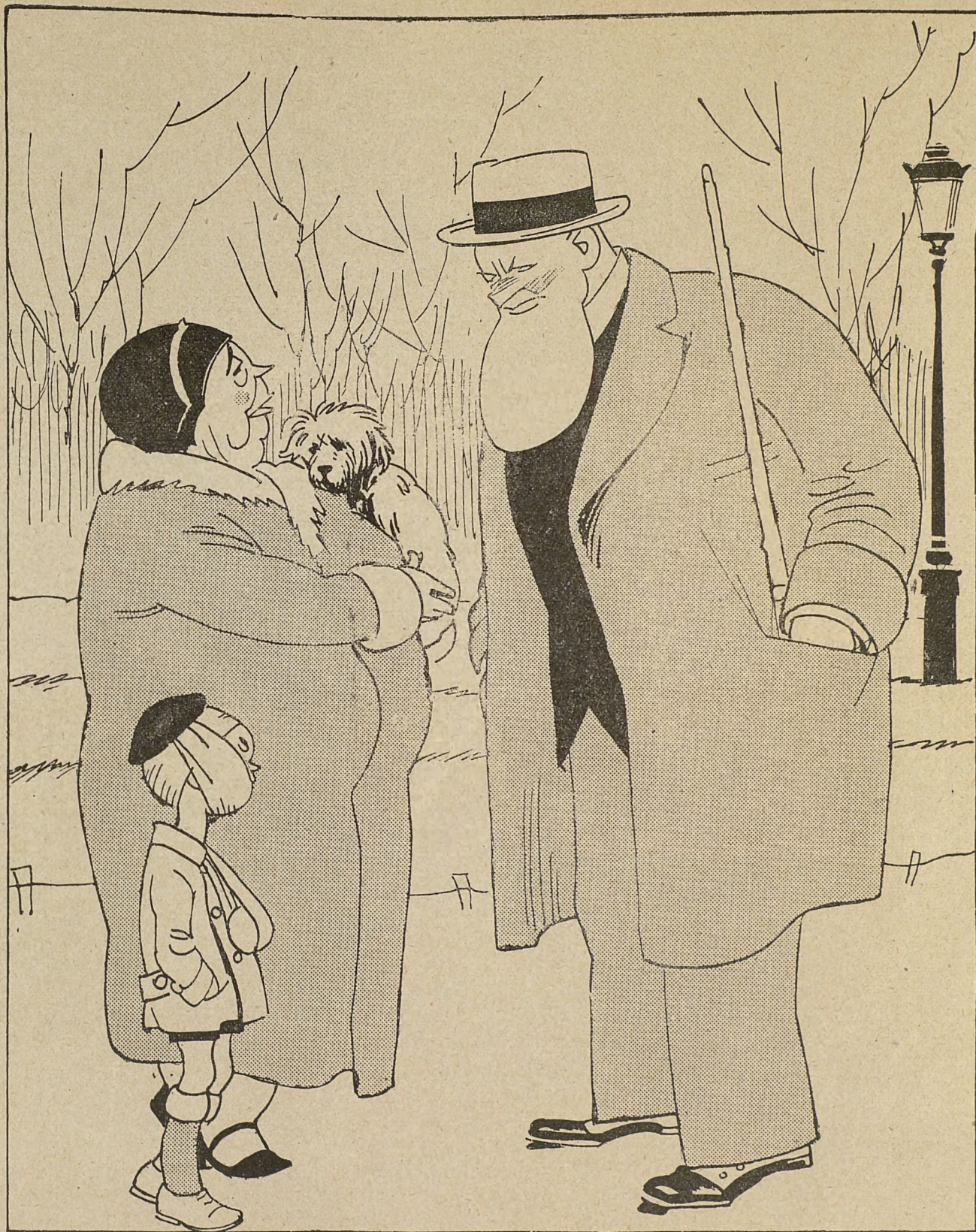
—Fritos—respondió el viejo esclavo con naturalidad.

Y el diablo se hundió en la tierra, vencido por la memoria inmensa de aquel hombre. Y en su desesperación de derrotado se le oía exclamar:

—¡¡¡El muy apóstol!!!

ALFREDO MATILLA.

(1) Serafín.—Horrible insulto que usan los diablos en el mes de junio, y que es tan grave como apóstol, ángel, santo, etcétera, etc., que se usan durante la temporada de otoño en las regiones infernales.



—Sí; he tenido que escarmentarle; este niño mío es muy egoísta; no sé a quien se parece en lo salvaje...
¡Se ha comido la merienda de mi pobre *chuchito*!...

Dib. AREUGER. Madrid.

¡Abajo Chopín! ¡Muera Wagner!

Cuando esa ola de intolerancia que suele salir al paso de las revoluciones y de los instrumentos de aire que pretenden introducirse en una casa civilizada se hubo estrellado contra la impasibilidad de Eladio, la madre de éste todavía insistió:

—Pero, hijo mío, ¿para qué demonios has traído ese cornetín, si no sabes música?

—Para tocar, mamá.

—¿Para tocar qué, desventurado?

—¡Oh..., eso ya lo veremos! Por el momento debo tranquilizarte con la promesa de que por mi cornetín no será lanzada una sola nota de los millones y millones que se han escrito desde Orfeo hasta el maestro Alonso. No, no... Yo, cuando toque, tocaré algo más serio que ese chin-chín grotesco de Wagner, Beethoven, Chopin y comparsa...

«La música que nos legaron nuestros mayores—había escrito Eladio en el folleto en que explicaba a las masas su teoría—es pobre, mezquina, insuficiente para los modernos oídos civilizados. Es grotescamente ruin; con la acongojante y risible mezquindad de una colección de sellos integrada por cuatro únicos ejemplares, o la de un diccionario que sólo contuviera una docena de palabras.

Más acongojante y más risible todavía. Porque la música, álbum y diccionario de sonidos, no posee siquiera doce unidades sonoras, sino que tiene por todo caudal *siete únicos sonidos*. Siete sonidos que se repiten hacia arriba y hacia abajo todas las veces que se quiera, pero, al fin, *siete sonidos nada más*.

¿Se concibe la existencia de un volumen de 300 páginas escrito con siete palabras? ¿Puede temerse, siquiera, que este volumen sea contemplado alguna vez en los escaparates de las librerías? Y si ello se produjera algún día, ¿alentaría alguien que se atreviera a calificar semejante hazaña de obra de arte?

He aquí—con relación a la música—los términos del problema que vengo estudiando y creo haber resuelto.

Limitado nuestro presupuesto a los siete sonidos históricos que han hecho ir tan mal vestidos a tantos compositores, el mecanismo es de una ingenuidad encantadora.

Dice el compositor: «A este punto atravesado por una rayita yo le llamo *do*; al que le sigue en orden ascendente le llamo *re*; al de más arriba, *mi*; y a los restantes, hasta este sitio, *fa*, *sol*, *la*, *si*. Es decir, que tenemos el *do*, el *re*, el *mi*, el *fa*,

el *sol*, el *la* y el *si*, y nada más. ¿Entendido?

Como sólo podemos contar con estos siete sujetos musicales, quiere decirse que cuando hayamos trepado desde el *do* hasta el *si*, volvemos a empezar en el *do*. Y al revés: cuando, de vuelta, tengamos los pies sobre el *do*, el escalón siguiente ha de ser *si*. O sea: *do*, *re*, *mi*, *fa*, *sol*, *la*, *si*, y a empezar. *Si*, *la*, *sol*, *fa*, *mi*, *re*, *do*, y a empezar. ¿Enterados? Pues veamos el asunto desde la acera de enfrente.

Así como yo, a cada uno de los siete sonidos *do*, *re*, *mi*, *fa*, *sol*, *la*, *si* les he asignado un sitio fijo en el pentagrama—sigue diciéndonos el compositor—, del mismo modo los constructores de instrumentos de música, que son amigos míos, les han dado una residencia conocida y estable en determinados lugares del instrumento. El *do*, por ejemplo, vive debajo de la primera llave; el *mi* se alberga en la quinta; el *la*, entre la sexta y la séptima..., etcétera. La seriedad de los constructores es absoluta. Una vez conocida la topografía del instrumento, se puede operar con la seguridad de que no se presentarán sorpresas desagradables. ¿Que hace falta un *do*? Aprieta la primera llave, y el *do* aparece

en el acto. ¿Se precisa un *mi*? Pues oprimo el registro tercero, y el *mi* se presenta exacto, impecable. Todo se reduce en este sistema musical, candoroso como un cuento de los Grimm, a seguir al pie de la letra las instrucciones de ese callejero de los sonidos que es el pentagrama. No hay extravío posible. Es un juego de niños.»

Pero—ahora hablo yo—, ¿y si a mí no me da la gana de llamar *do*, *re*, *mi*, *fa*, *sol*, *la*, *si* a esos sonidos, y los llamo Fernández, García, Ruiz, Cambó, Galo Ponte, Cabeza de Buey y Mac Donald, por ejemplo?... ¿Y si, además, me niego a aceptar—absurdo actual—que sean estos siete señores los que integren el censo musical y quiero elevar su número, vamos a poner hasta veintiséis, o sea las letras del abecedario?... Pues ya lo he hecho. En adelante, el número de sonidos será veintiséis, y sus nombres los de las letras del abecedario: a, b, c, d, e, f..., etc.

Abatidos con el plomo de nuestra moderna concepción todas las restricciones del método clásico, salgamos de la exigua celda de los vales chopinianos y los nocturnos schubertinos y preparémonos a recorrer, con el abecedario musical en alto, los amplios y soleados senderos cervantinos, los umbreros caminitos de Heine, la desolada ruta de Carducci...

¡Henos aquí, al fin, donde debíamos encontrarnos! ¡Esta es música! ¡A tocar, a tocar!...

Aquella noche, terminada la cena Eladio abrió el cajón del aparado, sacó el cornetín, puso delante, apoyado en un vaso, el periódico y comenzó la lectura:

—¡Pííí, parapapí, píparipá; tur, turí, patú!...

La familia de Eladio, iniciada ya en el nuevo método, comentó:

—¡Hay que ver qué crimen tan bárbaro!

Y para quitarse el mal sabor de boca, pidieron:

—Léenos la crónica de Insúa en tiempo de pavana.

—Antes os voy a leer la caricatura de «Sileno» ¡Tarí, tururú, paaaa pííí!

—¡Ja, ja, ja!

—¡Qué graciosa!

Y todos reían de muy buena gana. Con una risa que tenía algo de dequite y de eliminación. Porque Eladio había estado toda la tarde leyendoéndoles concienzudamente cien páginas del *Paraiso perdido*...



—Mi mamá es muy condescendiente con las criadas; la ha dejado salir hoy de paseo y la ha dicho que vuelva cuando quiera.

—La mía es mejor aún. También hoy ha dejado salir a la muchacha de casa y la ha dicho que no se molestase en volver.

Dib. PILAR.—Madrid.

L. PIELTAIN

BAMBALINA

DIABLAS Y TRASTOS

La nueva dramaturgia.—Populismo estomacal o Juan Simón el Pocero.

Tuvimos, en el número pasado, la honra de exponer ante el público que nos lee (:habrá realmente todavía quien nos lea?) la iniciación de un drama «populista». Hemos dicho allí, en ese número, que ahora es necesario escribir dramas del pueblo y para el pueblo, entendiendo lo del pueblo en sentido estomacal. Esto, sobre todo. También la gente del pueblo tiene su corazoncito, lo sabemos; pero no es esa la viscera que caracteriza al pueblo: es el estómago. Varía bastante la cosa.

Lo del corazón, después de todo, no tiene que ver gran cosa con el pueblo. El hijo del pueblo se despesa con la hija del pueblo o se arrima con quien le parece y hace o no funcionar el corazón como tiene por conveniente, sin que nadie se ponga a eso ni se lo impida, ya sea en su propia casa—La Casa del Pueblo—ya sea fuera de ella. ¡Allá él!

El corazoncito es una viscera burguesa o, por lo menos, apopular: no entiende de lucha de clases... Ni el corazón, ni la funda terrenal—o corvosidad—que envuelve al corazón, y que suele entrar en funciones en cuanto el corazón se complica. Supongan que el marqués se enamora de la doncella o la marquesa del chofer. Pues se aman, ¡se acabó! Podrán amarse más o menos en silencio, buscando la luz de la luna o apagando todas las luces; podrán incluso verse obligados a la separación cruenta y hasta al suicidio... da igual: el corazoncito habrá podido funcionar de todos modos, como en todos los Heros y Leandros de la historia, sin que las Leandras—a saber, la diferencia de clases, expresada en moneda, de los cónyuges—hayan impedido en lo más mínimo el funcionamiento amoroso.

En cambio, ¡si se trata del estómago!... El cantable, tratándose del estómago, no podría ya estar completo si se limitara a decir: «También la gente del pueblo tiene su estomaguito, porque lo importantito, al hablarse del estómago, es saber si está lleno o está vacío. Y aquí si

que hay *diferencia* de ser pueblo a no ser pueblo. Aquí el «también» nos falta. La gente que no es del pueblo tiene su corazoncito, y la que es del pueblo, *también*. Pero la gente del pueblo tiene el estómago vacío con frecuencia y no puede decirse que la otra, la gente de la otra clase, tenga *también* el estómago vacío con la misma frecuencia que aquella y en tanta cantidad...

El dueño de la casa y la donce-

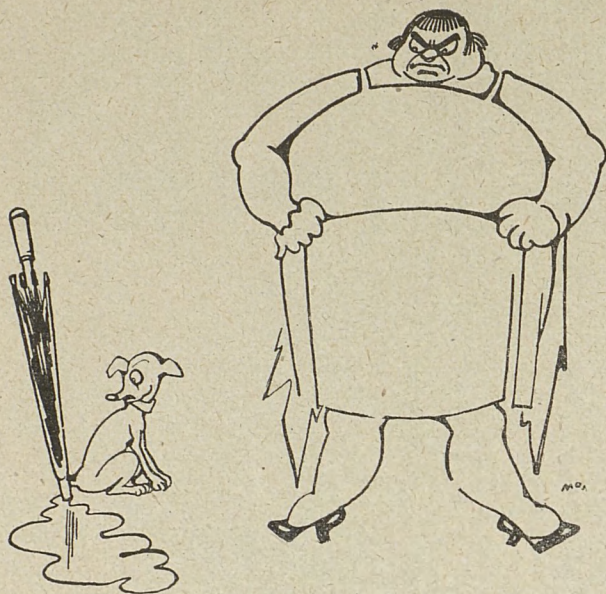
lla de la casa se enamoran, ¡bueno va!, puede no haber mucha distancia entre los corazones y los estómagos de ambos: el corazón de los dos estará lleno y los estómagos de ambos, igualmente. Pero si dejan de amarse y el dueño de la casa despidе de la misma a la doncella, el estómago del dueño seguirá, igualmente, llenándose, mientras que el de la doncella ¡a saber!...

Hay, pues, una diferencia radical



—Nosotras vamos todos los días al cine.
—Sí; ya he visto que son ustedes muy cínicas.

Dib. LLOP, Valencia.



El perro.—¡A que lo pago yo!

Dib. MONDRAGÓN. Barcelona.

entre tener corazón y tener que hacer de tripas corazón. El estómago y las tripas son, pues, efectivamente, los elementos que, hoy por hoy, debe tener en cuenta el populismo.

* * *

Pues bien: consecuentes con eso hubimos de ofrecer la otra semana un acto populista; el primero, de un drama de tres, en donde van a suceder—como Dios no lo remedie—las desgracias que vamos ahora mismo a tener el placer de indicarles.

En el acto del otro día supimos que la familia de un pocero—que bien pudiera ser llamado Juan Simón, porque el nombre ya predispone—, la madre está parálitica, una hermana tose ya, otra no hay quien la tosa, y de los hermanos varones el uno no tiene trabajo y el otro no tiene vergüenza. No hay en casa otra candela que la que se atizan los hermanos; el desahucio del cuarto está anunciado y el padre acaba de entrar diciéndole que está cesante.

Ahí quedamos. Ese era el acto que llaman de exposición, porque allí el que más y el que menos está expuestísimo a algo, y todo malo.

Ni que decir tiene que, luego, todo lo malo sucede; por eso no es necesario que puntualicemos. No estará demás, no obstante, que se indiquen algunos efectos dramáticos para que los autores se den cuenta de lo hermoso que puede resultar la desgracia de esta familia. La madre, que tiene p. g. p. (parálisis general progresiva) está pegepeor al llegar el acto segundo; la parálisis y el sufrir la han trastornado: está loca y le ha

dado por cantar... ¡Qué hermoso!... Cuanto mayor es el drama de los otros, más se ríe la infeliz... Esto puede ser algo genial y venir preparado con ciencia. La familia, al saber lo del desahucio, se juramentó para ocultárselo al padre, a fin de que el infeliz no sufriera demasiado. De ahí que todos a una, en cuanto el padre apareció por la puerta, se entregaban a un «Jajá...Jajajá...» convulsivo y desenfrenado; con lo cual sucede—¡qué efecto!—que la vieja, propensa ya al sardonismo, no puede dejar de reír, y en lo sucesivo ¡ríe siempre!...

La madre, pues, loca ya, ríe siempre como una loca, como lo que es, y canta el «Himno de Riego...», germen de contrastes sublimes.

Por lo demás, lo que ocurre en este acto, puede ya darse por sabido. Ha llegado el día del desahucio: se están ya llevando las sillas... Van a venir por lo demás... La hija buena suplica a los esbirros que esperen dos o tres horas. Le conceden solamente un cuarto de hora... Momento de emoción... El hijo malo no está; no se sabe dónde para; el hijo bueno ha salido a ver si encuentra un revólver... La hija guapa y rebelde comprende que va no hay duda: en ella y sólo en ella está la solución. Solución y disolución en una pieza; pero la pieza puede ser de oro acuñado y hay que dar la cara. La cara y el resto; pero «el resto es literatura», —como ella ha leído alguna vez en un librito de versos—; así que se va a marchar decidida a echar el resto... —¡Me voy a ver al casero!

Y va a salir.

Pero ¡no!... Cuando va a salir, ¡cataplún!, el hermano malo aparece...

—Alto. ¿Dónde vas? No lo digas... Lo supongo... ¡Estaba visto!... No quedaba otra solución... Pero ¡no! Todavía queda una: la mía... Ten... Da billetes...

—¿Pero ¿esto?...

—Papeles sucios... No me preguntes... Da igual... Entre tu deshonra o la mía, la mía es preferible...

Pero también más expuesta; aparece la autoridad que viene a prender al ladrón. Había conseguido estar oculto; pero al saber la situación de su familia, se jugó el todo por el todo y cayó en la ratonera.

La madre canta riendo:

—¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

Y termina el acto segundo.

El tercero es más bonito todavía. La hermana fué, por fin, en busca del casero; pero le ha cogido odio; le aborrece; le ha insultado y le ha despreciado y no le quiere ver; pero el casero está loco por la chica; cuanto más le desprecia la chica, más enloquece el casero; y cuanto más enloquece, más ella le escupe a la cara con vengativo desprecio.

Va el casero al cuarto mísero donde vive la familia: el padre se ha vuelto ciego—¡ah, sí, sí: faltaba eso!—Las emanaciones de los pozos le dejaron sin vista—¡precioso!—Y allí el casero, arruinado, pero frenético de amor, mata a la hija que ríe —¡que ríe como la madre!—, y el hermano bueno llega y como ha encontrado revólver mata al casero, y el padre que lo oye todo y quiere intervenir mata al hijo de un palo de ciego, creyendo matar al enemigo...

Y la vieja ríe mucho...

Y el público aplaude más...

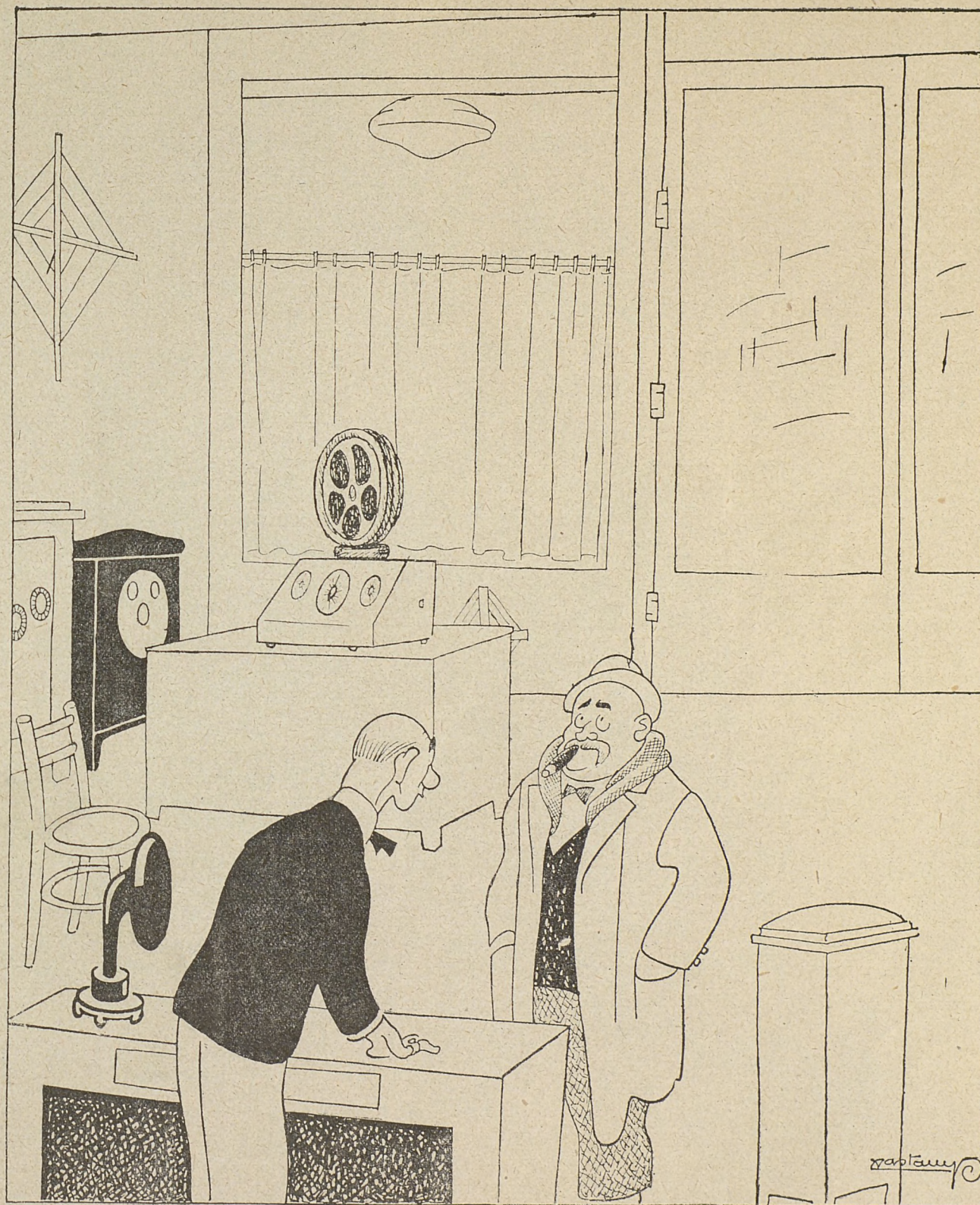
Con eso está dicho todo; todo lo que es menester para perfeccionar la obra.

Pero hay que añadir algo para completar el espectáculo.

Cuando se representen obras de estas se repartirá en los entreactos prospectos en los que diga: «En la calle de Tal y de Cual, números Tales y Cuales, hay algunas familias como éstas». Y se obligará a que la empresa, asistida de los guardias necesarios, lleve a los espectadores a una visitita de inspección por los escenarios de la vida. Y si cada espectador no suelta espontáneamente un número igual de pesetas a las que haya pagado en taquilla por la adquisición de la butaca, que le den con la misma en la cabeza.

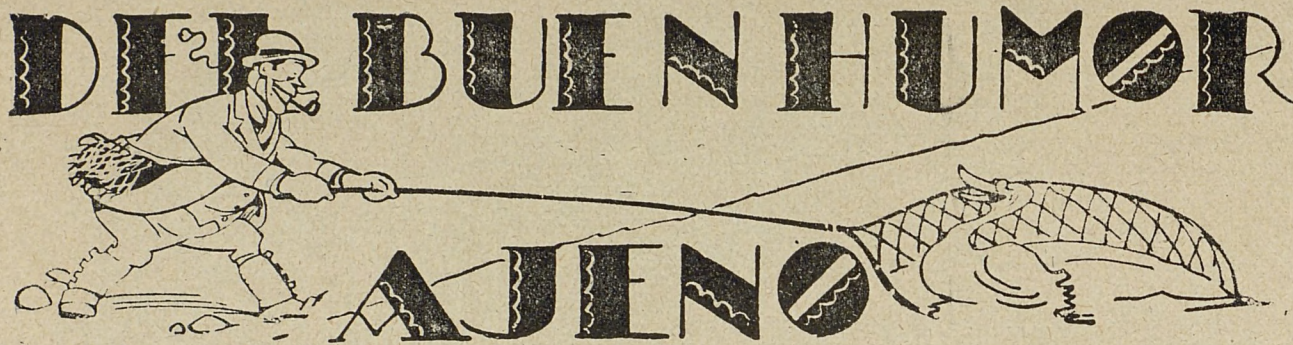
Porque populismo, bien. Y aplaudirlo, también bien. Pero no sólo aplaudir, no. Hay que aflojar la mosca un poquitín... Unido al populismo debe ir el aflojamosquismo...

MANUEL ABRIL



—Y de oírle, ¿qué longitud pondremos?
 —Pues ponga usted un par de palmos.

Dib. CASTANY. Barcelona.



El novio del tranvía número 79

Por Béla Szenes

Hace bastantes años que no he hablado con Imre Benedek. Esta tarde nos hemos encontrado en el tranvía número 79. Estamos sentados junto al cristal, uno frente a otro.

Yo.—¿Cómo te encuentras?

EL (con el rostro radiante).—Maravillosamente bien.

Yo.—¿A quién llevas esas lindas flores?

EL (con orgullo).—No es a mi abuela.

Yo.—¿Es guapa?

EL.—Una maravilla.

Yo.—¿Casada?

EL (llamándome al orden).—Una muchacha soltera, distinguida.

Yo.—¡Supongo que no irás a casarte!

EL.—¿Por qué no he de casarme? Tengo tres mil coronas mensuales. Y un piso. ¿Conoces a Arányi, el de nuestro Banco?

Yo.—No.

EL.—El pobre está muy mal. Si se muere, ascenderé a cajero. Gracias a Dios, tengo suerte en todo. Además, el padre de Aurora es un hombre adinerado.

Yo.—Que sea enhorabuena, amigo.

EL.—Gracias. Aunque la cosa no es todavía pública. Es un asunto arreglado, pero que no se ha hecho público aún.

EL COBRADOR.—¿Hacen el favor de los billetes?

EL.—Abonado.

Yo.—Pase.

EL COBRADOR.—Gracias (se va).

EL.—La muchacha es muy guapa. El viejo tiene dos casas en el Gran Bulevar. Aurora es hija única. En estos últimos tiempos el viejo ha ganado mucho en la Bolsa; es un antiguo usurero; pero a mí eso qué puede importarme. No me caso con él, sino con su hija, ¿no es cierto? Te digo que el viejo se opone a la boda; pero Aurora... (Se calla y acaricia suavemente las flores.)

Yo.—¡Oh, el amor!

EL.—Sí, esa es la justa palabra.

EL CONDUCTOR.—¡Puente Margarita, lado de Pest!

(Llegan nuevos viajeros, sentándose junto a nosotros una señora gruesa y otra delgada. Las dos damas prosiguen una conversación ya comenzada.)

LA GRUESA.—Aurora no me dijo nada el otro día.

LA DELGADA.—Porque la cosa no es todavía pública.

LA GRUESA.—¿Y qué es él?

LA DELGADA.—Han tenido muy buenos informes. Está en un Banco, y ascenderá pronto a cajero.

LA GRUESA.—Es un buen empleo.

LA DELGADA.—Sí.

Yo miro a Imre Benedek.

El me hace señas con los ojos para atender a nuestras vecinas.

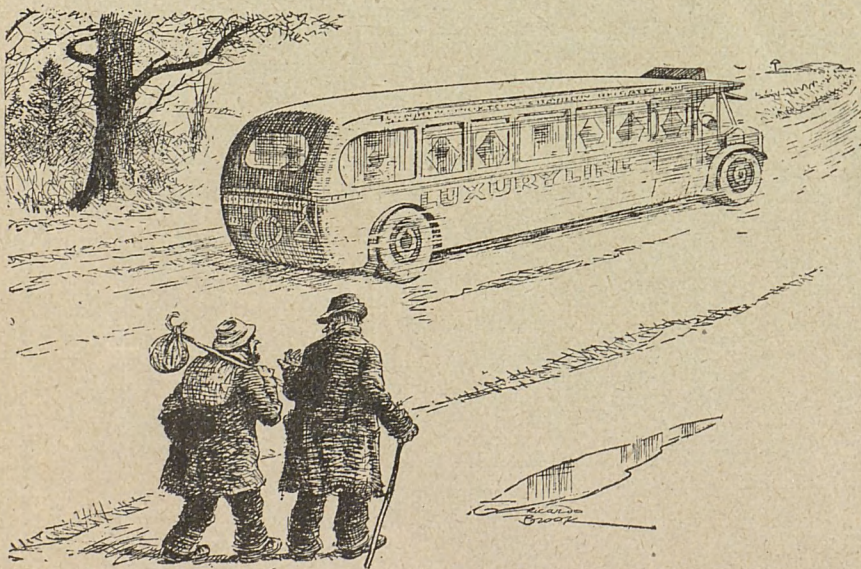
LA GRUESA.—Tiene un piso.

LA DELGADA.—En estos tiempos es un verdadero premio gordo.

Yo miro sonriendo a Benedek, cuyo rostro irradiaba orgullo.

LA GRUESA.—Aparte de eso, es fácil que encuentren un piso mayor en una de las casas del viejo.

LA DELGADA.—El viejo, acá para inter nos, ha robado bonitas sumas. Yo miro a Benedek.



—¿Has viajado alguna vez en un coche tan lujoso como ése?

—Sí, una vez, en uno que ponía: «coche celular».

(De The Humorist.)



La secretaria.—Don José, su hija quiere darle un beso por teléfono.
El jefe (distráido).—Tome usted el recado y ya me lo dará luego.

(De The Passing Show.)

EL me hace señas de que es indudable que se trata de él.

LA GRUESA.—¿Y es tan grande el amor?

LA DELGADA.—¡Colosal!

El rostro de EL resplandece de orgullo de un modo asqueroso.

LA DELGADA (después de una breve pausa).—Pero sólo por parte del joven. Me han dicho que Aurora no puede sufrirlo al pobre.

Yo miro a Benedek a hurtadillas.

El se pone rojo.

LA GRUESA.—¿Que no puede sufrirlo! ¿Por qué? ¿Sigue enamorada del teniente?

LA DELGADA.—¿Acaso no tiene razón? El teniente es un hombre espléndido, que da gozo mirarle. Cuando ocurrió la desgracia, el viejo habló con él; pero el teniente no estaba dispuesto a casarse.

LA GRUESA.—¿Y el novio lo sabe?

LA DELGADA.—No sabe nada. Figúrate tú; aun después de lo ocurrido, Aurora no será su mujer sino bajo las amenazas del viejo usurero.

LA GRUESA.—¿Tan feo es el novio? Yo miro a mi amigo.

EL se muerde los labios y mira atentamente las casas del bulevar Margarita.

LA DELGADA.—Según Aurora, no sólo es feo, sino que, además, tiene la cabeza hueca y es un ente desagradable. Y enfermo. Parece ser que padece una grave enfermedad, pero que él mismo lo ignora, pues su familia y los médicos se lo ocultan.

Yo miro a Benedek a hurtadillas.

El, en su dolor, estruja las flores.

LA GRUESA.—¿Y cómo se llama el joven?

LA DELGADA.—¿Que cómo se llama?... Espera, voy a decírtelo en seguida. He anotado su nombre, pues he prometido tomar informes suyos. (Revuelve en su bolso.) Sólo recuerdo que su apellido comienza por B...

El está pálido como un muerto. Su frente bañada por el sudor. Inclina su cabeza contra el cristal de la vidriera.

LA DELGADA (de pronto).—¡Ya está! Bien segura estaba de que el apellido comenzaba por B. Se llama Pedro Balog, y vive en la calle Mes-

EL (lanzando un suspiro de consuelo.) ¡Gracias a Dios!

(La gruesa y la delgada no comprenden lo que le ocurre a aquel señor que está sentado junto al cristal. Imre Benedek se levanta, y apenas si se despide de mí; su novia vive en la plaza Széna. Al salir del tranvía se enjuga el sudor de su frente. El tranvía da una vuelta, pero sigo viendo un momento a Benedek, que, después del tormento sufrido, camina tranquilo y con ágiles pasos hacia una casa de la plaza. En la puerta se detiene un instante y arregla las estrujadas flores. Veo su rostro, que ha vuelto a irradiar satisfacción. En aquel mismo momento la señora delgada acerca el papel más a sus ojos, y dice:)

LA DELGADA.—¿He dicho Pedro Balog?... Es un error... Ese es, seguramente, el nombre del nuevo sastre... Más abajo hay escrito otro nombre... Imre Benedek... Sí, ahora lo recuerdo; el novio de Aurora es un tal Benedek.

B. H.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «**Para el Concurso de chistes**».

Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR
FOTOGRAFO
PUERTA DEL SOL, 13

Dos amigos se encuentran en la calle y después de saludarse pregunta uno de ellos:

—Y tu hijo ¿qué se hace?

—Nada.

—Pero hombre, ¿con veinticinco años que tiene y todavía no se gana la vida?

—¿Cómo que no? ¿No te digo que nada? Es profesor de natación.

Pedro Soria (Madrid).

Entre amigos:

—Oye chico, fíjate qué quisite más enorme me ha salido en el párpado.

—Mira, precisamente me dijo mi suegra ayer una receta pa-

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha correspondido al siguiente:

—Dígame, conductor—dijo una señora en el tranvía—: he leído en los periódicos que los rieles están electrizados. ¿Se corre el peligro pisando en ellos?

—No, señora—contestó el conductor—; a no ser que ponga el otro pie arriba, en el cable...

FANEGAS. Zaragoza.

ra esto. Calienta un poco de agua con cebolla deshecha, con un algodón empapado en agua con vinagre te lo mojas, te vas a tu cuarto, entornas las puertas y después, en voz baja, le dices: «¿Quis-te quitarse?»

Encarnación Gómez (Barcelona).

Cosas de niños:

La portera está propinando

una soberana azotaina al hijo de su corazón.

El chiquillo grita que se las pela.

—¡Calla!—le dice su madre—. ¿Chillas para que el barrio se entere de que te pego?

—Al revés—contesta el chico—. Grito para que no se oigan los golpes.

Ramón Alcaíne (Zaragoza).

Una idea:

—¿Te acuerdas de la madre política de nuestro amigo Pepe?

—¿Aquella que fué presidenta del Comité paritario de suegras sin similares?

—La misma; pues ha terminado de demandadera en un convento.

—Acuérdate de lo que te digo: la Historia se repite; antes de quince días ha expulsado a los jesuitas de España.

Gregorióff Lagüiskiff
(Escalona).

—¿Por qué los republicanos son «limpios en las elecciones»?

—Porque tienen muy buena «la... bandera».

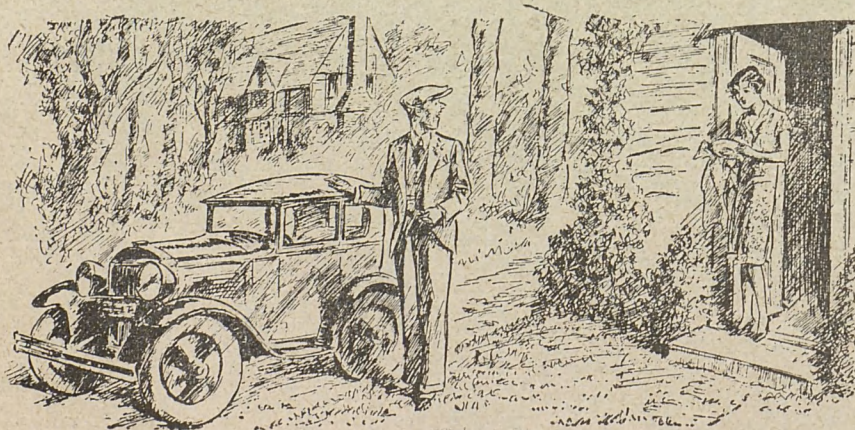
«Pitos y Flautas»
(San Sebastián).

Ventiladores

LOS MEJORES, LOS MÁS
ECONÓMICOS, CON AIRE
ESPECIAL PERFUMADO.

RAMON ROMERO

Fuencarral, 68. MADRID



—Mételo, Juanito, y te lo lavaré con la loza.

(De Judge.)

Entre compadres:

—Compare: ¿a que «osté» no sabe a lo que está expuesto un hombre que piense poco?

—¿...?

—Pues está expuesto a que le salte una liebre en la cabeza.

—¿...?

—Sí, «compare». ¿«Osté» no ha oído decir que donde menos se piensa salta la liebre?

R. Garrido (Jerez).

San Pedro (al que llega).—Pasa, hijo mío, tu mujer te está esperando hace diez años.

El que llega (parándose en seco).—Gracias, gracias...; me voy al infierno...

Benjamín López (Madrid).

Los intelectuales.

El Pintor.—Yo soy realista.

El Zurdo.—Pues yo soy izquierdista.

El manco, tuerto y jorobado.—Yo, lo que podéis ver: Anticonstitucional.

Valentín Yoldi (Pamplona).

El juez.—Sentencio al procesado a presidio para toda su vida.

El procesado. — Sí, señor juez; pero yo creo que debe descontarme el tiempo que he estado preso durante el proceso.

A. B. C. (Jaca).

Cosas de estudiantes.

—Mira, Micaela: nos escribe el hijo y dice que en la Academia de Artillería les obligan a comprar un cañón para seguir sus estudios.

—¡Anda; pues si llega a estudiar para la Marina y le hacen comprar un buque!

Tercos (Palencia).

En el baile.

—Señorita, ¿hace el favor?...

—Lo siento mucho, caballero; pero tengo todos los bailes comprometidos.

—Usted me perdona; pero no lo decía por eso: es que está sentada encima de mi sombrero.

Kardorroz (Llanes).

—¿Cuál es el ave que más corre?

—La-bercieta.

—¿Y la que, además de ave, es perro?

—El ave-chu ho.

—¿Y la más complicada?

—E-l-berinto.

—¿Y el ave que más apuesta por los amigos?

—El Ave-llanada del «Tenorio»

Juanito (Madrid).

AGUA-oo PASA-2

Aguzad bien los oí-2 para que estéis entera-2 de los hechos sucedi-2 en estos días pasa-2. La culpa de los desas-3,



recientemente ocurri-2, la tienen unos pillas-3 que nos son bien conoci-2. Mas no os deis por aludi-2, pues no quiero en modo alg-1 que estéis conmigo enoja-2 por haber sido import-1. Perdón, pues, os pido a to-2 sin olvidar a ningun-1. que ya que estáis entera-2 aguantéis el agua-o que haya caído en alg-1.

Consuelo R. Bermejo (Madrid).

Cuento judío.

Un judío, deseando burlarse de un mendigo, le preguntó: —¿Que harías si te diese veinte pesetas?

—¡Caramba! —respondió el golfo—. Seguramente me caería muerto.

—Entonces voy a salvarte la vida—dijo el israelita.

Pedro Grullo.

Stratford-on-Avon (Inglaterra).

—Quinientas pesetas le han dado a José por los versos que hizo.

—¡Vaya exitazo que ha tenido el tío!

—¿Por qué, exitazo?

—¿No dices que le han dado quinientas pesetas?

—Claro; pero se las han dado para que no vuelva a hacer más versos en su vida.

L. Sibrana (Tauima).

Entre dos amigos.

—¿Qué oficio te gustaría más?

—El de montador de cables eléctricos de una de esas Compañías de telegrafía sin hilos que se han fundado ahora.

Angel Fernández (Torrelavega).

A un estudiante le suspenden en Retórica y pone un telegrama a su hermana, redactado en estos términos:

«Suspendo en Retórica; prepárate a papá.»

A las dos horas recibe la siguiente contestación:

«Papá, preparado; prepárate tú.»

Vocal (Castellón).

—¿Cómo distingues a las gallinas viejas de las jóvenes?

—Por los dientes.

—Pero ¿tienen dientes las gallinas?

—No; pero los tengo yo.

Licenciado San Román.

Entra Fulánez en una zapatería:

—A ver, sáqueme usted unos zapatos del 40.

CUPON

Correspondiente al núm. 493 de BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.

—Sí, señor. ¿Quiere probarse éstos?

Fulánez se los prueba.

—Me aprietan un poco.

—Bueno; pero eso no importa. «Luego se dan.»

—¡Perfectamente! Ya vendre luego por ellos.

J. Bautista Oché (Barcelona)

El profesor.—¿Mi pregunta le hace a usted cavar?

El alumno.—No, señor; la pregunta, no; la respuesta.

Yo (Tetuán).

LA OCURRENCIA DE VERE-MUNDO

Dos amigos comentaban la difícil situación

que los dos atravesaban por falta de ocupación.

Por allí acertó a pasar uno que estaba cesante;

se llamaba Baltasar y oriundo de Alicante.

—¿Tú ves ese que ha pasado—dijole a Luis Veremundo—;

es un ser que ha colocado mucha gente en este mundo.

Preguntó curioso Luis a su amigo con fervor:

—¿Fué concejal del país?

—No; que fué «acomodador».

León Cembrano (Madrid).

BARCELONA

HOTEL

BEAUSEJOUR

Paseo de Gracia 23

Casi frente Estación

Apeadero de Gracia

Teléfono 20745-46

Lujosas habitaciones

Grandes salones de

reunión con toda clase

de servicios Pen-

sión desde Ptas. 17'50

Cubierto, 5 Ptas.

Descuento del 10% a los portadores de este anuncio

PENSION

FRASCATI

Cortes. 647

Teléfono 11642

De primer orden para familias distinguidas y extranjeros.

Trato esmerado. Baños, ascensor, Pen-

sión desde Ptas. 12'50.

Cubiertos Ptas. 3'50.



Correspondencia muy particular



F. G. M. (Valladolid).—Se publicará lo suyo, porque no está del todo mal; y no estaría del todo bien que no lo publicásemos.

E. S. T. (Toledo).
Yo lo único que discuto no es que escriba usted muy [mal, sino que es usted tan bruto que no hay mayor animal.

V. H. C. (Sevilla).
Su cuento «La soltería» es una majadería.

Pepito (Teruel).
Reputamos inaudito lo que nos manda Pepito.

G. M. L. (Logroño).—Con el alma transida le comunicamos que su trabajo no ha provocado nuestro entusiasmo.

D. J. A. (Burgos).—¿Que coloquemos su artículo en el hueco del periódico que mejor nos parezca?... ¡Pues ya está!... ¡En el cesto!...

R. de T. (Madrid).—Si el protagonista de su cuento, en lugar de abrazar la religión protestante, hubiese abrazado a la criada podría pasar. Pero con un hombre tan idiota, que sigue a Lutero y no sigue a una socia pistonuda, no queremos el menor trato. ¡Vaya mucho con Dios, y que se mejore de la estupidez!

P. S. N. (Lisboa).—Los dibujos no están mal; pero los pies son desastrosos.

C. A. J. (Granada).—Le sucede a usted exacta y categóricamente lo mismo que al infortunado caballero anterior.

L. H. F. (Gijón).—Eso es demasiado bueno para nuestro modesto semanario. Mándelo usted a «The Times», de Londres, donde tiene lugar mucho más adecuado. Y además, hay la ventaja de que no tendremos

que leerlo cuando se publique. Porque eso, para una vez, está bien; pero nada más.

M. G. T. (Madrid).—Es relativamente gracioso, pero no todo lo que hace falta para ver la luz en esta inmortal revista.

A. J. G. (Vitoria).—¿Con que usted pretende nada menos que demos sus cuartillas a la imprenta en seguida?... Y, diga usted, ¿qué infamia nos ha hecho la imprenta para que usted crea que la debemos dar «eso», que es una cosa así como darla siete tiros?...

S. F. P. (Barcelona).—Anticuédallos sus dos articulillos. Hoy las corrientes van por otro

lado; no sabemos si mejor o peor, pero por otro.

R. D. A. (Albacte).—El escaso número de profesores veterinarios que nos leen, hace que su conmovedora narración, titulada «El caballo enfermo», no ofrezca el interés consiguiénte para que nos parezca un negocio reproductivo su publicación.

B. P. J. (Sevilla).
Eso es una estupidez con el permiso de «ustez».

M. F. G. (Madrid).—Sus versos acaban muy mal... Pero, bueno, hay que reconocer que empiezan todavía mucho peor...

¡En fin, que son una ganga los susodichos versitos!...

E. G. R. (Melilla).—No nos gusta «El suspiro del moro». Aquí nos gustan mucho más los suspiros de las cristianas.

V. L. Q. (Valencia).—Mussolini será todo lo que usted quiera; pero usted es un categórico mentecato aunque no quiera.

B. T. N. (Cáceres).—No nos quedamos con ninguno de los tres lindísimos trabajos que nos ha disparado usted últimamente, porque tanto el primero, como el segundo, como el tercero, son unas lamentables birrias mecanografiadas.

Matita (Zaragoza).
Con enorme sentimiento, ilustre señor Matita, le decimos que su cuento no vale una pesetita.

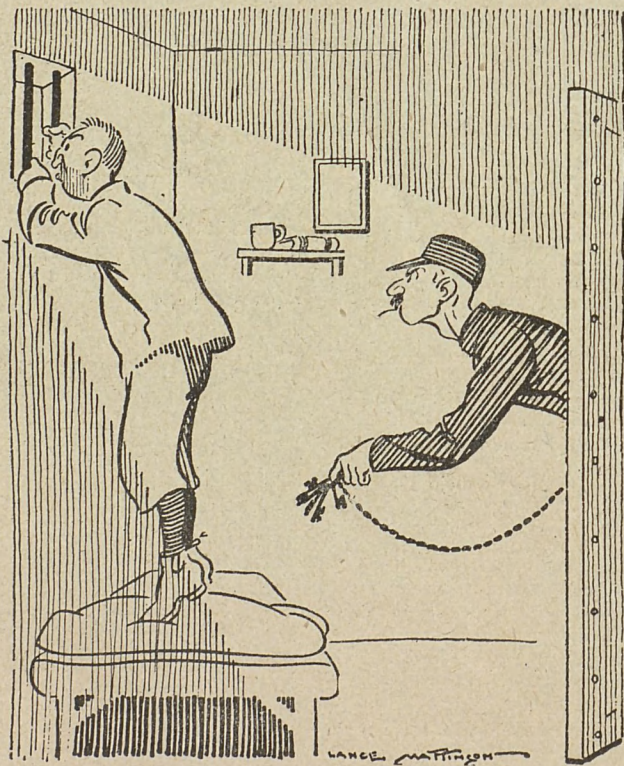
P. N. S. (Madrid).—Hemos admitido uno, en fugacísimo rapto de benevolencia sacerdotal.

C. R. C. (Bilbao).—Uno de los artículos es bastante pavo, y el otro extraordinariamente cerdo. Y como no somos de la Sociedad Protectora de Animales, ni le protegemos a usted ni protegemos a ninguno de los mencionados artículos.

L. D. B. (Valladolid).—Hediondo, nefando, concupiscente, demasiado monárquico y absolutamente imbécil. Salvo eso, no está mal.

A. R. M. (Toledo).—Nos vemos obligados a contestarle a usted con una rotunda y estentórea negativa.

J. P. C. (Car'agena).—Falto de interés, falto de gracia, falto de ortografía y falto de peso... ¿A usted quién le ha faltado aquí, para que usted nos falte de tantas maneras distintas?...



—¿Qué haces ahí?
—Tomar un baño de sol...

Every Body's Weekly.

La CREMA LIDA reconstituyente es el único preparado eficaz para conservar la belleza de la mujer.

Sus propiedades maravillosas la hacen insustituible en todo tocador elegante.



Nada tan práctico en la vida veraniega para preservar el cutis de todo peligro como la maravillosa crema reconstituyente LIDA, que limpia el rostro de toda impureza, a la vez que blanquea y suaviza la piel.

CREMA LIDA

Depositorio: URQUIOLA Mayor, 1. — Madrid

GRÁFICAS UGUINA, MELÉNDEZ VALDÉS, 17.

BUEN HUMOR



—Oiga, «maestro», hay que salir por la plataforma posterior.

—Ya lo sé, pero como es un «cangrejo» creí que la posterior era esta.

Ayuntamiento de Madrid

Dib. GARRIDO. Madrid.